

2

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario



Nova et Vetera

SUMARIO

Cervantes, por *Monseñor José Vicente Castro Silva*.—Elogio fúnebre de don José Celestino Mutis, por el *R. P. Alvaro Sánchez*. Esquema de la misión de la Universidad colombiana, por *Abel Naranjo Villegas*.—El Origen del Estado de Derecho en Platón y Aristóteles, por *Leopoldo Uprimny*.—El Abuso del Derecho, por *José Alfonso Ríos Amaya*.—Escultura y arquitectura española contemporánea, por *M. Sánchez-Camargo*.—Novedades bibliográficas, por *Ovidio Oundjian Besnard*.—Vida Rosarista.

442

Mayo - Junio de 1957. Bogotá - Colombia

Correspondencia, Suscripciones y Propaganda
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
Calle 14 Nº 6-25 — Apartado 72
BOGOTÁ-COLOMBIA

Suscripción 4 ejemplares\$ 5.00
Número suelto\$ 1.50
Suscripción para el exteriorU.S.\$ 2.00

Los artículos publicados en esta revista pueden ser reproducidos
citando su origen y autor.



Hay abundancia de tierras que sólo aguardan el humano esfuerzo que tale sus selvas y seque sus pantanos, que levante puentes y teja de caminos el suelo virgen, para empezar a producir. El petróleo proporciona la fuerza requerida por los hombres que actualmente se empeñan en explotar nuevas tierras. Más tarde, cuando el grupo de vanguardia haya establecido una posición segura, se usarán insecticidas elaborados a base de petróleo para combatir las plagas; los matamalezas y fertilizantes a base de petróleo contribuirán a aumentar las cosechas; los combustibles y aceites moverán y lubricarán las máquinas que facilitan y apresuran la labor de extender el ámbito agrícola de la Nación.

Tierras vírgenes

**SHELL saluda a los sembradores
del campo colombiano.**



**20 años vinculados
al progreso de la Nación.**

CONFERENCIAS EXISTENTES EN EL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

MATERIA	PROFESOR	VALOR
Derecho Administrativo	Dr. Gabriel Paredes	\$ 13.70
Filosofía	Mgr. Castro Silva	1.30
Metafísica	Mgr. Castro Silva	5.30
Sociología	Dr. Abel Naranjo V.	3.15
Sociología	Dr. Abel Naranjo V.	5.30
Derecho Canónico	Dr. Leopoldo Uprimny	5.80
Derecho Romano 1º y 2º	Dr. Carlos Medellín	13.50
Economía Política	Dr. Eliseo Arango	2.40
Derecho Civil General	Dr. Nemesio Camacho R.	6.65
Derecho Internacional Público	Dr. Alfredo Vásquez C.	9.85
Procedimiento Civil	Dr. Ernesto Cediel A.	10.85
Derecho Comercial	Dr. Antonio Rocha	38.40
Hacienda Pública	Dr. Arcesio Londoño P.	6.70
Estadística	Dr. Eduardo Santos R.	
Economía Colombiana	Dr. Rodrigo Llorente	5.80
Apuntes de Tributario	Dr. Julio Becerra	0.60
Derecho Penal Especial	Dr. Luis Gutiérrez J.	8.00
Derecho Procesal Penal	Dr. Bernardo Gaitán M.	14.70
Derecho Penal General	Dr. Bernardo Gaitán M.	8.80
Derecho Internacional Privado	Dr. Víctor Cock	6.80
Derecho Administrativo Colombiano	Dr. Alfonso Vargas R.	4.75
Curso Elemental de Derecho Civil 4º ..	Dr. Manuel Barrera P.	
Política Económica	Dr. Antonio Alvarez R.	6.95
Técnica de Casación Civil y Laboral ...	Dr. Alberto Zuleta A.	8.25
Política Monetaria	Dr. Samuel Hoyos A.	2.10
Texto Original del Concordato		
Casación Penal	Dr. Jorge E. Gutiérrez	0.75
Informe Penitenciario	Dr. Rafael A. Osorio R.	2.60
Seguros		1.20
Programa del curso de Derecho Tribu- tario		0.45
Lecciones sobre Literatura colombiana ..	Dr. Carlos López Narváez	0.85
Legislación de Minas y Petróleos		2.75

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

FUNDADOR:
Mons. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

RECTOR:
Mons. José Vicente Castro Silva

REDACTOR Y ADMINISTRADOR:
Gonzalo López Ospina



La responsabilidad de los artículos pertenece al autor
La colaboración es rigurosamente solicitada

(Tarifa reducida en el servicio postal del Ministerio de Correos.
Licencia número 1848.)

Nº 442 — Mayo-Junio de 1957.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

INDICE

LETRAS Y FILOSOFIA:

	Pág.
Monseñor José Vicente Castro Silva: <i>Cervantes</i>	7
R. P. Alvaro Sánchez: <i>Elogio fúnebre de don José Celestino Mutis</i>	17
Abel Naranjo Villegas: <i>Esquema de la misión de la Universidad colombiana</i>	25

DERECHO:

Leopoldo Uprimny: <i>El origen del Estado de Derecho en Platón y Aristóteles</i>	35
José Alfonso Ríos Amaya: <i>El Abuso del Derecho</i>	62

ARTE:

M. Sánchez-Camargo: <i>Escultura y arquitectura española contemporánea</i> ...	91
--	----

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS:

Ovidio Oundjian Besnard: <i>Comentarios</i>	97
---	----

VIDA ROSARISTA:

Actos oficiales	103
-----------------------	-----

LETRAS Y

FILOSOFIA

CERVANTES

Por Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Oración ofrecida en el cuarto centenario del natalicio de Miguel de Cervantes Saavedra.

Conmemorar el cuarto centenario del natalicio de Miguel de Cervantes Saavedra, y hacer de tal memoria un acto religioso, es una manera de refrendar el encomio universal con que los siglos van añadiendo lustre al nombre en que se cifra una literatura de fecundidad asombrosa, de penetración exquisita, de imperio vastísimo; tan opulenta por la multiplicidad de sus empeños, como sustancial y generosa por la íntima comprensión de las realidades divinas y humanas, tan hecha a expresar los arcanos que se abren a las almas de los místicos, como ágil y pintoresca para retratar estas andanzas de los hombres que cuando parecen más risibles o livianas, talvez descubren mucho de las honduras interiores.

El sitio en que nos hallamos y el carácter netamente religioso que habéis querido dar, señores académicos, a esta solemnidad, me obligan a buscar en la vida y en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra no ya los merecimientos indecibles que le granjearon el nombre de *Príncipe de los Ingenios*, no la vastedad de su creación literaria, no la maestría genial e inagotable con que, entre bromas y veras, encerró en un poema las fundamentales armonías de una lengua y las peregrinas disonancias que ponen traza de aventura en toda vida humana. Con mezquina capacidad, y sabedor de que empresas como ésta se guardan para otros, quisiera señalaros, desde lejos y a tientas, la persistente fidelidad de Cervantes a las normas tradicio-

EN NUESTRA PROXIMA ENTREGA

El trabajo de Fermi en el *Ciclotrón*, por el doctor Ferruccio Lolti. La Actualidad Económica Colombiana: sendos estudios de los doctores Samuel Hoyos Arango y Rodrigo Llorente M.

nales e inconcusas de la sabiduría cristiana. Fidelidad —notémoslo bien— que no consistió únicamente en que profesara de ordinario y porque las circunstancias se lo exigían, una suma de principios religiosos comunes a sus coetáneos; sino fidelidad que trascendió esta esfera de lo habitual y rutinario para unimismarse y entrañarse en los casos casi siempre adversos de su vida y en las invenciones casi siempre geniales de su mente.

Y no se piense que esta sujeción y obediencia a los dictámenes de la religión, merman o entran el ímpetu de la inteligencia o abaten sus vuelos aquilinos. Porque la fe y el dogma cristianos, por lo mismo que extienden su jurisdicción a la inmortalidad y emplazan en lo eterno sus realizaciones, le dan a los hechos humanos una trascendencia, y un alcance, y un misterio que acrecientan la capacidad que ya tienen de suyo para ser asunto de arte soberano. A poder de esta sublimación, desfallecen las categorías vulgares y prosaicas con que solemos clasificar sumariamente las vidas y los actos de los hombres, y los unos y los otros dejan de ser casos pasajeros y triviales, o extraños y estupendos, o cómicos y trágicos, para mudarse en emblemas de perennal significación y de resonancia indefinida. Así, los hechos humanos, ya sean reales, ya sean imaginados para apurar la realidad, se transfiguran al toque de la verdad divina, a la manera que el cristal más pulido y el ruin desecho del vidrio más común, heridos por un rayo solar, se convierten en focos deslumbradores y chispeantes.

Cervantes no es una excepción en el ciclo de los autores que acompañan a la humanidad. En forma directa y explícita, si se trata de Dante, de Milton o de Shakespeare; de manera mucho más remota y hasta equívoca, si se trata de las epopeyas griega y latina: el elemento religioso (mitológico en éstas y específicamente cristiano en aquéllas) interviene de continuo ora como hilo conductor, ora como fuente de inspiración, ora como punto de partida, ora como presupuesto inevitable, ora como clave y culminación de la obra. La de Cervantes también es informada por la religión y recibe su influjo, pero con una singularidad digna de notarse. Porque en esos otros poemas, dramas o epopeyas, la religión y sus leyes discurren —digámoslo así— muy por lo alto, se revisten de casi inaccesible majestad, e inclusive, como lo veis en Alighieri, se nos manifiestan asentando sus reales, no tanto en el dominio de lo transitorio, cuanto en las re-

giones ultramundanas de la final desesperanza, del llanto purificador y del amor central y omnipotente. O acontece también como en Milton y Verdaguer que la idea religiosa encarna en sucesos tan abrumadores como el contraste de la pujanza angélica, o tan únicos como las proezas de la nación descubridora de continentes, o tan heroicamente desdichados como los que tuvieron por teatro el Canigó. Mas la pluma que guiaba Cervantes, la que un día colgó Cide Hamete de una espetera para que nadie la menease, no escribió de la fe y de la religión que causan y multiplican prodigios en los confines del cielo y de la tierra, sino de la fe y religión que actúan en la brega y trájín cuotidianos, que unas veces inspiran, otras sostienen y otras enmiendan los actos comunes, y que, acuñadas en máximas, proverbios y apotegmas populares, se confunden con el juicio de la recta razón y con la llaneza del buen sentido universal. Trasponiendo el ritmo y la idea de un gran señor de la escena española, diría que Cervantes puso ante nosotros el tablado de la vida, la semblanza de este mundo que pasa, y nos hizo reír y llorar ante los desatinos, los intereses, las pasiones, los engaños, las burlas y malicias, las cuitas y pesares que saltean a los hombres o que son anejos a su condición. Aquí la fantasía desquicia una mente y la lleva a extrañas andanzas, allí la realidad conmueve y postra lastimosamente la máquina de mal aconsejadas ilusiones, allí luchan en desafío grotesco o en duelo admirable el desvarío y la razón, alternan allí los más burdos menesteres con la sutileza en el discurrir y la galanura en el hablar, los humildes y los zafios, los discretos y los ingeniosos pasan y repasan ante nosotros, y cada uno trae al espectáculo su contribución de verdad o de sandez, de atrevimiento o de poquedad, de codicia o de pródiga largueza, de cálculo sórdido o de visión excelsa. Pero entre todos ellos descende de los cielos al corazón de tan diversos protagonistas el hilo sutil de la religión que enlaza las mentes y ajusta los actos y nos obliga a confesar “que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en la vida que es verdad y es eterno, y que no puede acabar cuando la farsa acaba”.

En frase de limpia y transparente concisión, afirmó esto mismo el eximio Caro, perpetua autoridad en esta Academia: “Cervantes, gran católico como hombre, hubo de serlo como escritor, y el egoísmo pagano que no cupo en su corazón no pudo haber dirigido su pluma.” De hecho, había en Cervantes *ideas* pero, hermanándose con

ellas, había también *creencias* y, realzando a las unas y a las otras, había *sentimientos* procedentes de afecto y culto a la unidad religiosa de su Nación. Cervantes vivió en época de fe, una misma creencia era profesada por la ciudadanía, y el escritor, partiendo de esta base, respetuoso al dogma y a la moral cristianos estimábalos como sacro depósito y gloria nacional y no desperdiciaba ocasión de darles testimonio aun por boca de personas dramáticas o novelescas. Casi siempre que Cervantes saca de sus esferas las personas de su fábula, es para proclamar enseñanzas de alta filosofía católica, siendo de recordar aquella especie o reflexión del escudero después de una elocuente plática moral del Hidalgo a quien servía: “Válame Dios, si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece cabalmente.” Ni son este sabor dogmático y esta intención moral privativos de Cervantes: son obras de una época de fe y de lealtad religiosa. Calderón, sublime genio dramático, apellidado por algunos “divino maestro de la poesía cristiana”, con ser tan señalado en la diversidad y propiedad de los caracteres, acostumbra también identificarlos en ese punto de vista: todos sus personajes, hasta el gracioso en ocasiones, son teólogos y moralistas. Una espléndida unidad católica se refleja en todos los monumentos literarios del siglo de oro de España.

Discurrir los doctos acerca de las relaciones y parentesco que existen entre Cervantes y el caballero a quien proveyó de armadura tan frágil y menguada en sí misma como resplandeciente y duradera en la historia literaria. Menudean aquí las interpretaciones pero todas ellas tienen que concluir reconociendo que Cervantes fue el primero en atestiguar la semejanza: “No he podido yo —dice en el prólogo— contravenir la orden de naturaleza que en ella cada cosa engendra su semejante.” Fijémonos en esta declaración aunque la interpretemos en un sentido más alto del que se propuso darle Cervantes. Quiera o no quiera, todo autor se retrata en sus propias obras, pero no en todas es igual la semejanza, ni en todas se reconoce en idéntica forma. Y aunque una cosa es el retrato y otra la caricatura, cuando es hábil el pincel, bajo la caricatura se descubre el perfecto retrato. Despojemos al hidalgo andante del yelmo improvisado y de la celada de cartón, quitémosle la mirada perdida en el pasado y los temas que le anublaban el juicio, y bajo del jubón del caballero fantástico encontraremos no poco de la vida de Cervantes cuyas aventuras y hazañas la harían emparejar con las de muchos varones heroicos y afamados, si no les hicieran competencia las del manchego fabuloso.

Porque según dijo aquel noble académico que soñó verdades, “la figura de Cervantes tiene tanto en lo intelectual como en lo moral, lados que lo presentan como héroe extraordinario por sus virtudes y por los talentos de su ingenio sublime. Estuvo en Navarino y asistió a la batalla de Lepanto, levantándose del lecho donde yacía postrado de fiebres para ir a pelear cuerpo a cuerpo en el esqui de un navío, donde perdió una mano y recibió dos arcabuzos en el pecho. Ejecutó durante cinco años la hazaña seguida de trabajar casi constantemente y con desvelada cautela por la libertad de sus hermanos y compañeros de cautiverio, desafiando las iras y sospechas de la morisma y exponiéndose, él solo, al suplicio y a la muerte. Las tierras argelinas fueron teatro de frecuentes tentativas de fuga, de vejámenes cada vez mayores y soportados cada vez con mayor constancia, tales y tantos que si valen para ilustrar la vida de un héroe, cuadran también con la de un justo. En aquella lidia con el padecimiento incesante de la mazmorra y de la delación, del sobresalto a deshora y de la embestida inopinada, descolló Cervantes —y así lo expone el Ilustrísimo Montes de Oca— con un heroísmo más raro y más esclarecido por cierto que el del mero desnudo: el heroísmo del *aguante*. Y aun este elogio, por lisonjero que parezca, no es el de mayor excelencia. Porque al encarecer las virtudes de los cautivos de aquella época y la abnegación de los que por voto o por afecto se consagraban a su redención, muy poco se fijan en un heroísmo superior al del desnudo y que deja muy atrás al del *aguante*.”

Para definirlo —dice Montes de Oca— sería preciso rememorar la historia dolorosa de los renegados de España y de Italia, de Francia y de Grecia. La negrura de esa narración haría resaltar la valentía y fortaleza de Cervantes y de los que con él y como él, supieron resistir al poderío disolvente de la *seducción*. El mostrarse insensibles a los tormentos y al tedio amargo de una larga prisión, era poco para aquellos hombres de hierro que, fuesen hijodalgos sin tacha, mesnaderos sin nombre, soldados por suerte y hasta delincuentes echados a galeras, se juzgaban deshonrados para siempre, si cedían y flaqueaban siquiera un momento ante el dolor físico. Pero se necesitaba una alma templada por artes milagrosas para negarse a trocar las cadenas y la miseria por las ventajas, deleites y fortuna con que, en aquella sazón, se pretendía enflaquecer las voluntades y blandear los ánimos, preludio infausto al abandono de la cruz y a la adhesión al turbante.

Renegados eran los mejores capitanes de Selim, los más altos funcionarios de Constantinopla, los más ricos mercaderes de Egipto y de Argel, como lo era también el amo que tocó a Cervantes en su cautiverio. ¿Y no podía éste con su bien probado valor y su preclaro ingenio llegar a ser cuando menos otro *Luchali*? Muchísimos años después, cuando el Oriente ya había perdido el prestigio de la piratería en grande y cuando los pueblos mediterráneos ya tenían olvidados el son de los atabales y los clamorosos *lelilies* anunciadores del saco y de la presa, todavía era fácil encontrar en los ejércitos del Sultán jefes que habían abandonado el cristianismo para lograr preeminencias y gajes militares. Tentación, y muy grande tentación, tuvo que ser ésta para el soldado que inmortalizó “con una mano su gloria y con ambas la de España”, pero que, a esas horas, no había llegado a alférez de los tercios y podía trocar la mazmorra abyecta por la libertad aventajada y hasta por el título turquesco de *capitán de los mares*.

¿Estaré fingiendo situaciones y alternativas nada más que para ponderar el cautiverio de Cervantes? No, señores: el mismo cuidó de pintarnos con harto realismo el cuadro en que se representan, por una parte las amenazas inminentes de muerte ignominiosa que se enderezan a quebrantar la voluntad, y, por otra, los halagos mañosos y las expectativas implícitas que conmueven y blandean la entereza; amenazas y halagos que, cuando se aúnan y combinan, constituyen el poder de seducción más arduo de vencer.

Como quien refiere ajenas tribulaciones y como poniendo en otros hombros lo que tan acerbamente pesó sobre los propios, Cervantes habla por boca de aquel cautivo “cuyo linaje tuvo principio en las montañas de León”:

“Yo, pues, era uno de los de rescate... Pusiéronme una cadena, más por señal de miseria que por guardar me con ella, y así pasaba la vida en aquella prisión con otros caballeros y gente principal; y aunque la hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél; y esto con tan poca ocasión, o tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con ha-

ber hecho muchas cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admirarós harto mejor que con el cuento de mi historia.”

Ese *tal de Saavedra* que así vivió procurando la libertad de los cautivos de Argel, con tanto riesgo de ser empalado y con tanta posibilidad de alzarse con la gracia y valimiento del temible reyzeuelo argelino “el más cruel renegado que se ha visto”; ese *tal de Saavedra* que venía probando vil servidumbre y no menos viles lisonjas desde Constantinopla “donde ya había concertado mil maneras de huírse sin que ninguna tuviera sazón ni ventura”; ese *tal de Saavedra* de quien recelaban sus compañeros de prisión que si el amanecer lo encontraba con vida, al anochecer estaría descabezado; ese *tal de Saavedra* bien sabemos que no es otro que Miguel de Cervantes, el mismo que ayudado por dos religiosos trinitarios pudo al fin escapar y restituirse a su tierra, mas no para recibir la recompensa debida a sus servicios y a su heroica fidelidad a la religión, a la patria y a los conllevadores de su larga desgracia, sino para seguir sirviendo en la campaña de las Azores con dineros escasos y adelantamiento problemático. A ese *tal de Saavedra* le animaba no sólo el pundonor y el patriotismo sino también la fe invicta que al decir de la Escritura hace capaces a los hombres de “vencer prepotencias, cerrar las fauces de los leones, embotar espadas y socavar fortalezas”; *per fidem vicerunt regna, obturaverunt ora leonum, effugaverunt aciem gladii, castra verterunt exterorum* (heb. XI). He dicho fe, y quiero precisar que se trata de la cristiana de ese *tal de Saavedra*. ¿Cómo, sin ella, podría explicarse la familiar, la reiterada, la entrañable invocación a “Nuestra Señora la Virgen María, que con el nombre arábigo de *Lela Marien* suena como reclamo celestial en todo el largo episodio del cautivo? Y ese *tal de Saavedra* fue, en resolución, el que atesorando y sublimando dentro de sí las innumerables y variadísimas especies que le procuró una vida andariega y dolorosa, creó un libro de no igualada popularidad, porque es el más rico en pormenores, el más natural y real en sus pinturas, el más profundo en su significado y el que pulsa con más acierto las fibras del alma, no bajo la forma de una poesía más o menos artificial sino bajo la forma de lo que diariamente vemos y sentimos y esperamos. “Mientras que los epónimos de Grecia, Italia e Inglaterra, hacen descender los

dioses del cielo a la tierra o trasladan las almas de la tierra al infierno, o convierten en ambas cosas el corazón poseído de intensísimas pasiones, este inmortal de España, este soldado estropeado, este poeta más versado en desdichas que en versos, este humilde terciario franciscano y este agente corredor de negocios que solicita una plaza de contador en Santa Fe de Bogotá o en Cartagena de Indias, pone en su libro toda la vida real con sus vaivenes y amarguras, con sus exaltaciones y caídas, que se visten unas veces de vulgar locura y otras se aureolan con excelsitudes de locura sublime.”

“Si no se mueve ni una hoja del árbol sin la voluntad de Dios, tampoco cruje una hoja de papel bajo la pluma del escritor, sin la intervención más o menos directa de la Providencia que no deja desmayar el ánimo ni anublarse la mente ni aún allí donde todo parece conspirar para empequeñecer al hombre. Perseguidores tuvo Cervantes que le acusaron de un sinnúmero de delitos, la prosa rastrera de los litigios y de las demandas curialescas pudo haberlo sofocado, metido en la cárcel topó con el Hidalgo que todavía nos acompaña, y hostigado por la vileza y ruindad de la emulación desatentada, le puso coronamiento de serenidad grandioso a la empresa que comenzó por ser «historia de un hijo seco avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno». Linaje de virtud intelectual y moral es éste no rendirse a las circunstancias adversas y sacar de ellas ensanches y primores que avaloren y pongan en su punto la obra maestra: lo que fue para Homero y para Milton el forzado aislamiento de la ceguera, lo que fueron para Dante y para Camoens los tristes ocios del destierro y de la cárcel, eso debieron de ser para Cervantes las cuitas, malandanzas y azares de su vida.”

Al imaginar y al escribir su obra capital, Cervantes no se puso como único fin el de multiplicar sales, donaires y malicias con que se regalasen los lectores, ya fuesen letrados, ya fuesen indoctos. Que se sirviera en más de una ocasión del Caballero de la Mancha para darle voz a sus propios sentimientos y para saldar cuentas pendientes con los que mal le querían, es patente y notorio, ni lo es menos que, alzándose a mayores, la emprendiera con algunos desmanes y abusos de su época. Pero ni éstas ni otras finalidades que pueden advertirse en la novela cervantina menoscaban o contradicen lo que el autor dijo de su intención primaria y sustantiva: “Esta escritura no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías.” Notad, señores que en este empeño, Cervantes no está solo: personajes de tanta cuenta y autoridad como Malón de Chaide y Melchor Cano anatematizan aquel

género de literatura, y los acompaña en la demanda nada menos que Santa Teresa de Jesús, pesarosa de haberlos leído por allá en la juventud y solícita del daño que le acarrearón. ¿Querrá decir esto que Cervantes o Santa Teresa veían a sus contemporáneos trastornados por la necesidad de reproducir las hazañas fabulosas de la vida aventurera? De ningún modo: las tales proezas ya estaban relegadas al dominio de los cuentos y fantasías que entretienen el ocio, y más lo estaban si reparamos en que a esas horas los españoles tenían sobrada materia de pasmo y deleite en la memoria de las románticas lides que se trabaron en derredor de Granada, y veían y oían a los caballeros de otro género que continuaban en el Nuevo Orbe la historia de los descubridores. A quienes tenían delante sucesos de tanta variedad y trascendencia, no es verosímil que les sorbieran el seso las consejas de Amadís de Gaula y de los otros paladines andantes.

Había, en cambio, en esas leyendas pasos e incidentes, episodios y situaciones que, procedentes en última instancia de la liviana imaginación oriental, fomentaban las costumbres sueltas y reñían con el recato y miramientos tradicionales en la Península y consagrados por todos sus maestros. Contra este influjo actual de los libros de caballerías se enderezaron por distintos caminos la exhortación penitente de Santa Teresa y la sátira caudalosa de Cervantes que, estimada por este aspecto, descubre un intento moralizador tan loable como persistente y eficaz.

Puras y bienaventuradas ideas son, sin duda las que relumbran a través de las donosas, peregrinas o humildes peripecias del manchego sin segundo. Que no hay como espigar los momentos en que el desvarío propio o las burlas ajenas le dejan en sus cabales para oírle discurrir no sólo acerca de ideas justas y atinadas sino de la perfección que ha de ser perpetuo señuelo de los hombres. Si le preguntáis entonces qué debe ser el caballero, os lo puntualizará con estas palabras: “Ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, magnífico en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla.”

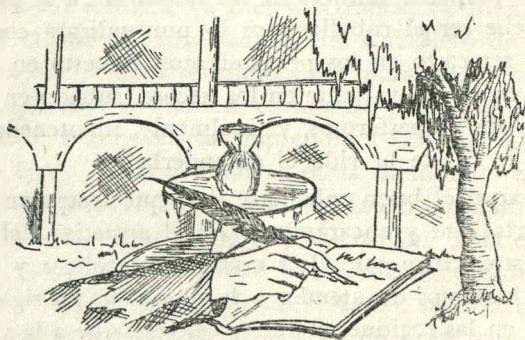
Ni pára aquí el buen caballero, sino que traspasando los linderos de la mortalidad y encarándose con el atractivo del renombre y aplauso terrestres, dice así: “Los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza.”

Y para no alargar citas, quiero contentarme con que recordéis el encuentro del ingenioso Hidalgo con los labradores que llevaban algunas devotas imágenes, que le sugirieron un cotejo melancólico (atisbo de la razón que había de recobrar) entre lo que hicieron los santos y lo que él mismo pretendía: “Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos...”

“Puras y bienaventuradas ideas”, repetiré aquí, a las cuales juró fidelidad inquebrantable *Don Quijote* que siempre fue vencido y derrotado porque pretendió encerrarlas —a ellas que son expansión y energía multiforme, a ellas que son síntesis de inteligencia y de amor, de caridad y de justicia— en el único y exclusivo y anacrónico molde que le ofrecían las armaduras caballerescas.

Señores:

El nombre y la fama de Cervantes están fincados en su libro, y su libro anda de gente en gente, más de trescientos años hace y dondequiera que se habla este idioma castellano “que señorea tierras de dos mundos e islas de entrambos Océanos”. Mas la inmortalidad de *Miguel de Cervantes Saavedra*, inseparable de la del Hidalgo a quien otorgó carta de universal ciudadanía, está asegurada tanto por la lectura de los muchos y por el sabio escrutinio de los doctos, como por esta mágica viveza con que nos lo representamos cabalgando a nuestro lado, en viaje de perpetua aventura...



D. José Celestino Mutis

Por el R. P. ALVARO SANCHEZ

Elogio fúnebre de don José Celestino Mutis, pronunciado en la Basílica Primada por el R. P. *Alvaro Sánchez* el 16 de marzo de 1957 con ocasión del traslado de sus despojos mortales, hallados en el presbiterio de la Iglesia de Santa Inés, demolida en esa misma fecha, y depositados provisionalmente en la Basílica mientras se construye el monumento que debe guardarlos en la Capilla del *Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*.

“Propterea habeo per hanc immortalitatem; et memoriam aeternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.” Sap. VIII, 13.

Señor Embajador de España, señores Académicos de la Historia, señoras, señores:

Problema de apasionante interés este de inquirir los factores que determinan y presiden el devenir histórico. ¿Qué arcanos principios regulan el desarrollo de las culturas, señalan la parábola de su ascensión y decadencia, qué mano precisa el momento en que debe encenderse la estrella de un destino glorioso o apagarse el lumínar triunfante de un imperio para sumirlo en su melancólico ocaso? Para los que por divina merced tenemos prendida en la conciencia la antorcha de la fe, la respuesta es inmediata y sencilla: todo, aun aquello que a nuestro juicio aparece más enigmático, más fuera de propósito, más contradictorio e ilógico, marcha hacia los fines marcados por la mano de la Providencia. Ello no empece el que en el orden puramente humano la curiosidad infatigada del pensamiento adelante en el estudio de la filosofía de la historia, procure hallar el enlace de los acontecimientos y señalar en la marcha de las naciones el puesto que ocuparon, para su infortunio o su grandeza, determinados personajes.